

Expresiones del amor fraternal o ejercicios prácticos para cultivar el amor fraternal

“Permanezca el amor fraternal. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo” (Heb. 13:1-3)

Ya hemos aprendido que la iglesia ha de caracterizarse por ser una comunidad donde todos se cuidan mutuamente, todos trabajan para erradicar de sus corazones lo que estorba el crecimiento del amor fraternal y promoverá en su vida lo que es un estímulo para su desarrollo.

Aprendimos que el creyente, para poder amar a los hermanos como así mismo, necesita mortificar el amor propio, el orgullo, la impaciencia, el amor al mundo, y otras malezas que impiden el natural crecimiento del amor fraternal.

También aprendimos que el creyente está llamado a cultivar el interés por los demás hermanos, pues, si no cultivamos el amor fraternal es muy probable que nos encontremos en estado de muerte espiritual. Además, la Iglesia glorificará al Señor en la medida que manifiesta el amor cristiano entre ellos mismos.

El amor fraternal no sólo debe manifestarse para con los hermanos de la iglesia local, sino para con todo creyente en Cristo que encontremos en nuestro caminar por el presente mundo.

Aprendimos que la mejor apologética de la fe cristiana que podemos hacer ante los incrédulos es la manifestación diaria, constante y creciente del amor fraternal. Un amor que se enfoca en propender por buscar lo mejor para mis hermanos, en evitar hablar, escuchar o pensar chismes, calumnias, falsos testimonios y murmuraciones de los demás. Un amor que nos lleva a orar los unos por los otros, a preocuparnos verdaderamente, con actos de misericordia, por las necesidades de los demás. Un amor que nos lleva a ser respetuosos para con el resto de creyentes, a propender por el buen nombre y la honorabilidad de los hermanos. Un amor que conduce a los varones a tratar a las señoritas como a hermanas, dignas de todo respeto y a los mayores como a padres, dignos de todo honor.

Después de la exhortación inicial de Hebreos 13, la cual es fundamental para el cumplimiento de todos los deberes mutuos, el Espíritu Santo, por medio del autor, procede a señalar algunas de las formas en que la existencia y la permanencia del amor fraternal ha de manifestarse.

Ejercicios prácticos para cultivar el amor fraternal

“No os olvidéis de la hospitalidad”. Este es el primer caso que permite manifestar la más grande de todas las virtudes cristianas. El deber que aquí se inculca es el de la hospitalidad cristiana. Lo que fue ordenado en el Antiguo Pacto se repite en el Nuevo: *“Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que more entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo”* (Lev. 19:34). Había una urgencia especial por la cual los apóstoles presionaban para el cumplimiento de este deber, pues, se había levantado la persecución contra el pueblo de Dios en diversos lugares, de manera tal que muchos fueron expulsados de sus hogares y buscaron refugio en el extranjero. *“En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria”* (Hch. 8:1); algunos cristianos llegaron hasta *“Fenicia, Chipre y Antioquía”* (Hch. 11:19). Ellos debían obedecer las instrucciones de Cristo: *“Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra”* (Mt. 10:23).

Es muy raro que en tiempos de persecución no haya algunos lugares donde prevalezca la paz, de manera que allí puedan refugiarse los perseguidos. Por lo tanto, es deber de los creyentes ofrecer hospitalidad a aquellos hermanos que huyen de sus tierras por causa de la persecución.

Por otra parte, en ese tiempo había muchas personas, especialmente conversos judíos, que iban de ciudad en ciudad predicando el evangelio, pagando ellos sus propios gastos. Ellos salieron por causa de Cristo, sin aceptar nada de los gentiles a los cuales predicaban (3 Juan 7).

El apóstol Juan elogia a Gayo porque recibió y ayudó a los hermanos que llegaron como extraños a su casa: *“Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio*

de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje” (3 Juan 5, 6). El apóstol Pablo también elogia a otro Gayo que se caracterizó por la hospitalidad cristiana, no sólo de los apóstoles o los personajes más insignes dentro del cristianismo, sino para con todos los hermanos: “*Os saluda Gayo, hospedador mío y de toda la iglesia*” (Ro. 16:23).

De la misma manera, el autor de Hebreos exhorta a sus lectores para que practiquen el amor y la caridad para con los creyentes que vienen de otros lugares, especialmente en labor misionera. “El que no está listo para recibir y apoyar a estas personas, manifiesta el poco interés que tiene en el evangelio y la gloria de Cristo” (John Owen).

Aunque las circunstancias han cambiado (por el momento, pues, nadie puede decir que tan pronto la mano restrictiva de Dios se aparte, Dios no permita a sus enemigos derramar la sangre de su pueblo una vez más, como sucede actualmente en algunas partes de la tierra); sin embargo, el principio de este mandato sigue siendo obligatorio para todos los que llevan el nombre de Cristo. No solamente debemos abrir nuestros corazones, sino nuestros hogares para los que realmente están necesitados: “*compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad*” (Ro. 12:13).

En los países del oriente, donde la gente viajaba casi con los pies descalzos, el lavatorio de los pies (1 Tim. 5:10), así como la invitación a comer y dar posada durante la noche, estaba incluida en este mandato. Es preciso señalar que uno de los requisitos necesarios para ser obispo es que sea un “*hospedador*” (Tito 1:8).

Así como los mundanos se deleitan en ayudar a sus familiares y amigos, el pueblo de Dios debe estar ansioso y alerta para brindar la hospitalidad tierna y cariñosa a los cristianos sin hogar, como dice 1 Pedro 4:9 “*Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones*”. Lo mismo aplica, por supuesto, para el alojamiento en nuestros hogares de los siervos de Dios que están de viaje misionero, en lugar de enviarlos a un hotel a mezclarse con los impíos.

“*No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles*” (v. 2). La segunda cláusula debe considerarse **como un estímulo para el cumplimiento del deber de la hospitalidad cristiana**. Huelga decir que estas palabras

adicionales no significan que literalmente vamos a esperar recibir el honor mencionado, sino que se da como un estímulo.

El autor aquí nos recuerda que en tiempos antiguos algunos habían sido ricamente recompensados por su diligente cumplimiento de este deber, pues, se les había concedido el sagrado privilegio de recibir a los ángeles bajo la apariencia de hombres.

Es muy evidente cómo esta cláusula nos llevará a esforzarnos en el cumplimiento de este deber: si no hubiera habido una buena disposición de ánimo para ser hospitalarios, se habría descuidado la oportunidad con la cual la gracia divina les favorecería tan altamente. Por lo tanto, es necesario que cultivemos la virtud de la generosidad: *“Pero el generoso pensará generosidades, y por generosidades será exaltado”* (Is. 32:8). *“Incluso si nunca tenemos ángeles verdaderos en nuestros hogares, puede que acogamos a hombres y mujeres cuya sola presencia es una bendición y cuya piadosa influencia sobre nuestra familia pueda tener resultados que alcancen a la eternidad.”*¹

“...porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”. Esto se refiere especialmente a los casos de Abraham (Gén. 18:1-3) y Lot (Gén. 19:1-3), aunque es muy probable que en los tiempos antiguos, cuando Dios usó tanto a los ángeles para servir a los santos, otros tuvieron el mismo privilegio.

El punto real para nosotros, en esta alusión, es que el Señor no será deudor del hombre, que él honra a los que le honran, directa o indirectamente, en las personas de Su pueblo. *“Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún”* (Heb. 6:10).

Las Escrituras están llenas de ejemplos en las que el Espíritu Santo ha unido *el deber y el privilegio, la obediencia y la recompensa*. Cuando cumplimos con dichos deberes, podemos contar con que Dios recompensará a aquellos que ejercen misericordia para con Su pueblo. Muchos casos en la Biblia nos ilustran esta verdad: Rebeca (Gén. 24:18, 19 y 22), Potifar (Gén. 39:5), las parteras de Egipto (Éx. 2:17, 20), Rahab (Josué 6:25), la viuda de Sarepta (1 Rey. 17:15, 23), la mujer de Sunem (2 Rey. 4:8).

¹ MacDonald, William. Comentario Bíblico. Página 1012.

Las ganancias que se obtienen serán más que el gasto invertido en hacernos amigos de los santos. De una manera muy hermosa Calvino señaló que “no son meramente ángeles, sino que Cristo mismo es recibido por nosotros cuando recibimos a los pobres del rebaño en su nombre. Al respecto hay una solemne palabra de advertencia en Mateo 25:41-43, pero también hay una indecible bendición en Mateo 25:34-36 *“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí”*.

La compasión por los afligidos es la siguiente cosa que se exhorta: *“Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos”* (v. 3). El amor a los hermanos debe manifestarse en solidaridad con los que sufren. Muy reprobable y no cristiana es la insensibilidad egoísta que dice, tengo bastante con mis propios problemas para tener que preocuparme por los de los demás. Pero, el método más eficaz para erradicar nuestras propias penas es buscar y liberar a otros que están en aflicción.

Nada será más beneficioso para contrarrestar nuestro egoísmo innato que el cumplimiento de las exhortaciones que el autor pone delante de nosotros: estar ocupados con las aflicciones más severas que algunos de nuestros hermanos están experimentando va a liberar nuestras mentes de las pruebas más livianas que podemos estar atravesando.

“Acordaos de los presos”. En primera instancia esto se refiere a los que habían sido encarcelados por el nombre de Cristo. *“Acordaos”* significa mucho más que pensar en ellos, pues, incluye todos los deberes que la situación implica. Esto significa, en primera instancia, empatizar con ellos, tomar en serio su caso, tener compasión de ellos. Nuestro Gran Sumo sacerdote se compadece de sus debilidades (Heb. 4:15) y esto es lo que nosotros debemos hacer.

La mejor comida que los cristianos encarcelados recibían era cruda, la cama, dura; y con crueldad habían sido separados de su familia. Con frecuencia los encadenaban en un calabozo oscuro y húmedo. Ellos se identificaban con su situación, su confinamiento, su separación de la esposa y de los hijos.

“*Acordaos*” también significa que si no fuera por la Soberanía de Dios y su mano restrictiva, tú también estarías en la misma condición de los que se encontraban en la cárcel.

Pero hay más, “*Acordaos*” también hace referencia a recordarlos en las oraciones, interceder por ellos, pedir que la gracia de Dios esté sobre ellos, que ellos puedan aceptar dócilmente los tratos providenciales, que sus sufrimientos sean usados por Dios para santificar sus almas, que esta oposición satánica contra algunos de sus santos sea usada para la extensión de Su reino.

Por último, “*Acordaos*” también significa que hagas con ellos lo que quisieras que ellos hicieran contigo si estuvieras en su lugar. Si puedes obtener el permiso, visítalos (Mt. 25:36), tratarás de consolarlos, en la medida de lo posible aliviarás sus sufrimientos, y no dejarás piedra sin mover con el fin de buscar su liberación legal.

La Divina Providencia regula las cosas de tal manera que, por regla general, mientras algunos de los santos están en la cárcel, otros disfrutan de la libertad, dando así oportunidades para el ejercicio práctico de la solidaridad cristiana.

“*Y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo*”. Es probable que aquí haya una doble referencia: en primer lugar se refiere a los que estaban realmente en la cárcel, pero que habían sido severamente azotados, o se encontraban en severo aprieto, ya sea por las fuertes multas que se había impuesto sobre ellos. En segundo lugar, se refiere a las esposas e hijos de los que habían sido encarcelados y ahora estaban sufriendo muchas necesidades y aflicciones siendo que los jefes del hogar ya no estaban con ellos.

Esto requería una muestra real de simpatía de parte de aquellos que habían escapado de la persecución de los enemigos del Evangelio. Si usted no está en una posición financiera para hacer mucho por ellos, pero conoces a algunos hermanos con mayores posibilidades económicas, entonces debes estimularlos para que suplan sus necesidades. “*Como que también vosotros estáis en el cuerpo*” es un recordatorio de que un día Dios puede permitir que atraveses por la misma situación de dificultad.

John Owen, quien vivió en tiempos particularmente tormentosos (tiempos cuando Bunyan sufrió varias veces la cárcel) dijo: Mientras Dios se complace en dar la gracia y el coraje a algunos para sufrir cautiverios por causa del Evangelio, y a otros les concede el llevar a cabo este deber (de la misericordia), la iglesia no será perdedora por el sufrimiento. Cuando unos son tratados en su constancia a través de la cárcel, la sinceridad de otros es juzgada en el desempeño de los deberes que se le exigen. Pero, por lo general, más fallan los que tienen el deber de socorrer a los que sufren, cayendo así de su profesión, que aquellos que están pasando por aflicciones”.

La historia nos cuenta que en los tiempos de la Iglesia Apostólica y la iglesia sufrida de los siglos segundo al cuarto, el espíritu solidario de los cristianos fue conocido en todo el mundo, pues, doquier las iglesias se enteraban que un cristiano había sido encarcelado a causa de su fe, o lo condenaban a muerte, o lo desterraban, o le confiscaban sus propiedades, o lo tomaban como esclavo; los cristianos acudían presurosos para dar generosamente de sus recursos de manera que el sufrido hermano tuviera todo lo necesario, o incluso, podían vender sus propiedades con el fin de rescatarlo.

El autor de la carta, así como el apóstol Pablo, practicaba lo que predicaba: “¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? (2 Cor. 11:29). “Aunque probablemente **los presos** se refiera literalmente a los encarcelados, también deben recordarse las prisiones de la enfermedad que confinan a las personas en hospitales o como inválidos en el hogar. Debemos ser considerados con quienquiera sufra adversidad”².

No es necesario insistir en que los principios del versículo 3 son de aplicación general en todo tiempo y en todos los casos de cristianos que sufren. Esto es resumido por Pablo cuando dice: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gál. 6:2). De la misma forma, Santiago, hablando de la verdadera religión dice: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones” (Stg. 1:27).

² Taylor, Richard. Comentario Bíblico Beacon. Páginas 172-173.

El Señor nos conceda a todos más de Su gracia para que se cumpla en nosotros su palabra: *“Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran”* (Ro. 12:15).

Aplicaciones:

- El Señor nos ha concedido muchas oportunidades para que desarrollemos el amor fraternal a través de ejercicios prácticos de hospitalidad. Mostremos el amor de Cristo y el cuidado los unos para con los otros, recibiendo en nuestras casas a los hermanos que frecuentemente vienen a nuestra iglesia, ya sea para asistir a los seminarios de formación pastoral, a las convenciones anuales, entre otros. El Señor nos ha concedido tener una Academia de formación Ministerial donde estudian aproximadamente 20 hombres que vienen desde muchas regiones del país o del extranjero, ellos están 8 meses lejos de sus casas, lejos de sus padres, hermanos y amigos; esta es una ocasión para manifestar el amor fraternal llevándolos a nuestras casas para compartir con ellos, en el calor del hogar, nuestros alimentos y tal vez el hospedaje para que descansen y disfruten nuestra compañía. Sabremos que tenemos una iglesia madura en la fe, cuando los diáconos tengan un listado bien grande de hermanos que abren las puertas de sus hogares para hospedar y alimentar a los hermanos que nos visitan de otros lugares. Una forma de prepararnos para hospedar a hermanos que vienen de otras tierras para estar temporalmente con nosotros, es invitarnos los unos a los otros para compartir los alimentos y pasar tiempos especiales de comunión. Siempre que invitemos a otros hermanos procuremos dar lo mejor de nuestra casa, lo mejor de la cocina, brindemos la mejor atención posible, con amor, con alegría y con generosidad; recordando que nada de lo que poseemos es nuestro sino del Señor, en esto mostraremos el verdadero espíritu del cristianismo bíblico.

- El amor fraternal, que es hospitalario y bevenolente para con los hermanos extranjeros, viajeros o sufridos, está fuertemente relacionado con la santidad. Muchos hospedaron ángeles en la antigüedad, pues, ellos sentían gran complacencia de estar en la casa de una familia donde la santidad era el ambiente natural. Hoy día tal vez no hospedemos ángeles, pero podemos ser instrumentos para hospedar a personas que saldrán siendo más santos de nuestras casas. Necesitamos crecer en santidad para ser buenos anfitriones, pues, sería una

necedad hospedar en nuestras casas a hermanos o personas que están de paso, si lo que ellos verán en nuestros hogares será el mal humor, discusiones, chismes, calumnias, hijos desobedientes, padres que no hacen el devocional diario, madres que están preocupadas por las vanidades de esta vida más que la educación espiritual de sus hijos; casas donde el punto de encuentro familiar es la televisión o el internet, entre otros. No hay nada más bendito que llegar a una casa donde podemos aprender de todos sus habitantes cómo es la piedad práctica.

- Muchas veces nos excudamos en que tenemos casas muy humildes y nuestra economía no es muy holgada, para no ser hospitalarios. Pero no olvidemos que los lectores originales de esta carta eran personas que estaban sufriendo por causa de Cristo. Muchos habían perdido sus empleos y habían sido desechados por su propia familia; ellos no estaban en las mejores condiciones sociales y económicas, no obstante, el autor de la carta los insta a practicar la misericordia cristiana en esas condiciones tan duras. El gran pecado que nos conduce a no practicar la virtud de la hospitalidad hoy día no son tanto las necesidades económicas, sino nuestra comodidad. Estamos muy apegados a las cosas materiales que tenemos y esto nos impide ser generosos.